

Letrillas



POLÍTICA

Pongamos que hablo de Madrid DF

por Juan Francisco Fuentes

*Allá donde se cruzan los caminos
Donde el mar no se puede concebir
Donde regresa siempre el fugitivo
Pongamos que hablo de Madrid.*

Joaquín Sabina, Pongamos
que hablo de Madrid.

El nacimiento de una noción

“Empecé a introducir ese concepto en algunas crónicas hará unos dos años, quizá más, y pronto advertí que interesaba a los lectores. En la ironía está el secreto.” Así recordaba su origen el periodista Enric Juliana en un artículo

titulado “Madrid DF, ¿qué significa?”, publicado en *La Vanguardia* en octubre del año pasado (7-10-2025). Juliana es, sin duda, su gran divulgador y quien más ha contribuido a darle un sesgo peyorativo que no se desprende necesariamente de su literalidad. Aunque la expresión es muy anterior a la fecha aproximada que ofrece (“hará unos dos años”), su principal canal de difusión ha sido siempre *La Vanguardia*, y era lógico que así fuera, porque su ambivalencia reflejaba a la perfección los sentimientos contradictorios, entre la atracción y el rechazo, que Madrid

provoca en las élites barcelonesas. Y no solo en ellas. Prueba de la versatilidad del concepto es el libro homónimo que Fernando Caballero ha dedicado a reivindicar la marca Madrid DF como expresión de un modelo de éxito basado en el crecimiento económico y demográfico (*Madrid DF*, Arpa Editores, 2024).

Todo indica, pues, que nació en las páginas de *La Vanguardia*, aunque mucho antes de lo que se cree. Aparece ya, entre signos de interrogación, en un editorial de octubre de 2001 (“¿Madrid DF?”, 26-10-2001) motivado por un entonces reciente documento del Círculo de Economía, “El papel del Estado en el mantenimiento del equilibrio económico territorial en España”, en el que se advertía del peligro de que el Estado de las autonomías pudiera llevar a una recentralización sin precedentes del poder económico en la capital de España. Al contrario que el Círculo de Economía, que no utilizaba la expresión en su texto, *La Vanguardia* recurrió a ella, en esta y en otras ocasiones, para señalar la inquietante paradoja que suponía el afán expansivo de la capital en un Estado teóricamente descentralizado. El propio Enric Juliana tituló en 2012 “Madrid, distrito federal” un artículo sobre los movimientos de fondo, incluso de ideas, que registraba la turbulenta vida política capitalina, pues —¡sorpresa!— “en Madrid no todo es bronca y mal humor” (*La Vanguardia*, 10-11-2012). Poco antes se había referido al “potente triunvirato femenino que manda en Madrid DF”, formado por Cristina Cifuentes, Ana Botella y

Esperanza Aguirre, e intentaba quitar hierro a la deriva independentista del *procés*, recién iniciado: “No estamos en octubre de 1934” (“El artículo 155”, *La Vanguardia*, 14-9-2012).

La construcción del mito siguió su curso en los años siguientes, adaptado al gusto del consumidor y a las cambiantes necesidades del momento, generalmente como réplica a quienes reprochan al nacionalismo catalán una intención secesionista. ¿Y si los separatistas fueran los otros? Un viejo y resonante artículo de Pasqual Maragall, “Madrid se va”, planteó ya la posibilidad de que la ruptura territorial tuviera su origen en el centro más que en la periferia (*El País*, 26-2-2001). Dos años después, Maragall confirmaba sus peores presagios (“Madrid se ha ido”, *El País*, 7-7-2003) y responsabilizaba de todo ello al “empecinamiento nacionalista” de José María Aznar y al giro político experimentado por Madrid —capital y comunidad autónoma—, que propició el vuelco electoral de 1996 y la llegada de Aznar al poder. De ahí, en su opinión, un movimiento centrífugo que amenazaba gravemente al sistema de equilibrios políticos y territoriales fraguado en la Transición, en unos años que representaron una rara excepción en la relación tóxica que Madrid mantiene, según sus detractores, con el resto de España. “Tierno fue un paréntesis”, apostillaba con nostalgia el exalcalde de Barcelona al recordar el Madrid de la Transición y la movida. Era cuestión de tiempo que la expresión que empezó a utilizar *La Vanguardia* en el cambio de siglo y la teoría maragalliana sobre Madrid acabaran fusionándose en un argumento con múltiples y provechosas aplicaciones políticas y mediáticas. Madrid *DE* daría nombre a una criatura insaciable, que crecía de forma descontrolada a costa de los demás.

Madrid, de charca a checa

Lo cierto es que la aversión a la capital, formulada de una u otra forma, es una vieja patología del imaginario de

la España contemporánea que no tiene un único origen ideológico o territorial. Como epicentro de la monarquía o de la república, de la revolución o de la contrarrevolución, como ciudad aristocrática, mesocrática u obrera, Madrid será siempre culpable de algo. Es el fenómeno que inspiró al sociólogo Juan Salcedo el libro *Madrid, culpable* (Ed. Tecnos, 1977), publicado al principio de la Transición, en un momento en que, en opinión del autor, unas élites periféricas interesadas en desmarcarse del franquismo hicieron de la ciudad el chivo expiatorio de sus propias complicidades con la dictadura. Su mala prensa no era ninguna novedad. En su novela *Pequeñeces* (1890), el jesuita Luis Coloma describía el Madrid del Sexenio Revolucionario (1868-1874) como una “charca hedionda, desbordada siempre por la desverguenza propia y la cobardía ajena”. Si el padre Coloma utilizó la imagen de la charca para denigrar al Madrid liberal del Sexenio, a intelectuales como Ortega y Gasset y Unamuno les sirvió como metáfora de la corrupción política en tiempos de la Restauración. Manuel Azaña la calificó en los años veinte de “ciudad prehistórica y cavernaria” y el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos, atribuyó “al pringue, al muge” (*sic*) que reinaba en la capital el origen de los males de España. No fueron pocos, sin embargo, los políticos e intelectuales que aceptaron el peaje de “vivir en este Madrid terrible”, porque, como dijo Azorín, “en provincias no se puede conquistar la fama”.

Ciudad sucia, atrasada, corrompida y corruptora, verdadero lastre para el desarrollo y la regeneración del país, su mito negativo ha coexistido o se ha alternado con su antítesis, representada por una imagen idealizada de Madrid como motor de progreso y escaparate de una España moderna y liberal. Fue una cosa y la contraria, como en el título de la célebre novela de Agustín de Foxá sobre la caída de la monarquía, los años republicanos

y el comienzo de la Guerra Civil: *Madrid, de corte a checa* (1938). Aquella época de transición y de cambio, que empieza bastante antes de la proclamación de la República, marcó el apogeo de un Madrid rutilante y cosmopolita, un “Madrid ateniense”, en expresión de Valle-Inclán, pero también parisino o neoyorquino, en el que la Gran Vía, por un lado —“la Gran Vía es Nueva York” (Iliá Ehrenburg)—, y la Castellana, por otro —“la mejor calle de Europa” (Grases i Riera)—, le daban un aire sofisticado que desmentía su leyenda negra. Lo pudo comprobar un dirigente socialista francés, Jean Longuet, en abril de 1930, al visitar Madrid invitado por sus camaradas españoles y contemplar sus calles y sus principales edificios, como el de la Telefónica, recién inaugurado, pletóricos de actividad. Si a Trotski le había llamado la atención catorce años antes la proliferación de iglesias y bancos, en 1930 el visitante se encontraba, al decir de Longuet, con una “brillante capital ultramoderna”, digna de compararse con las principales ciudades europeas (“La España moderna y el socialismo madrileño”, *El Socialista*, 19-4-1930).

Su prestigio ante la izquierda nacional e internacional se acrecentó en los años treinta, en parte por el decidido impulso de la República a la modernización de la capital —el “gran Madrid” de Prieto y Azaña, que debía proyectar, en palabras del arquitecto Secundino Zuazo, “el carácter de España entera ante el mundo”— y definitivamente, tras el inicio de la Guerra Civil, por su tenaz resistencia frente al ejército de Franco, que intentó en vano tomarla al asalto a partir de noviembre de 1936. Fueron los años del “¡No pasarán!”, que podía leerse en la pancarta, immortalizada en fotografías de la época, que cruzaba de lado a lado la castiza calle de Toledo, y del “Madrid, tumba del fascismo”, que inspiró poemas, canciones, documentales y carteles propagandísticos, como uno de la Generalitat de Catalunya con el

lema “Defensar Madrid és defensar Catalunya”.

Madrid DF: la expresión y la intención

Muchos años después, en abril de 2018, las alcaldesas de Madrid y Barcelona, Manuela Carmena y Ada Colau, inauguraban una exposición titulada “No pasarán. Madrid 1936”, dedicada a conmemorar el asedio a la capital en la Guerra Civil y la solidaridad de Barcelona, plasmada en un cartel, realizado por el Comité d’Ajut Permanent a Madrid, que Carmena y Colau mostraron ante la prensa en la inauguración. Al eje Madrid-Barcelona encarnado por las dos alcaldesas, elegidas en 2015 por la lista de Podemos, le quedaba poco más de un año de vida, porque las elecciones municipales de mayo de 2019 arrebataron la alcaldía madrileña a la izquierda e hicieron de la etapa de Manuela Carmena un breve paréntesis, como dijo Maragall del Madrid de Tierno Galván, en la larga hegemonía de la derecha, tanto en el consistorio como en la comunidad autónoma.

El triunfo del PP en las elecciones municipales de 2019 y las victorias de Isabel Díaz Ayuso, la última por mayoría absoluta, en las autonómicas reactivaron el resentimiento de la izquierda y la periferia hacia la capital y el uso de la marca Madrid DF con una intención denigratoria. Se dirá que, comparada con “la charca hedionda” del padre Coloma, la expresión popularizada por Enric Juliana suena casi ver-sallesca. Lo que esconde, sin embargo, es mucho más importante que lo que muestra. Juliana lo explicó al desmenuzar los diversos significados de DF —uno de ellos, Madrid Distrito Fiscal— y sugerir una posible solución a los problemas que provoca la inaudita contumacia de los madrileños al votar a la derecha: “Su gobierno debería obedecer al interés general de los españoles expresado en las urnas. La asamblea legislativa de la Comunidad de Madrid debería escogerse de

acuerdo con el resultado de las elecciones generales.” Lo plantea como simple hipótesis, como una especie de sueño húmedo difícilmente trasladable a la vida real, pero no conviene echar en saco roto una propuesta que pondría fin a ese escándalo continuado protagonizado por los madrileños al votar lo que no deben. No serían ellos quienes eligieran a sus representantes, sino los demás españoles, incluso aquellos que quieren dejar de serlo, los que elegirían por ellos.

“¡Madrileños! Cataluña os ama”, rezaba uno de aquellos carteles editados por la Generalitat durante la Guerra Civil en solidaridad con el Madrid sitiado. Hay amores que matan. ~

JUAN FRANCISCO FUENTES es miembro de la Real Academia de la Historia y del Real Colegio Libre de Eméritos. Su libro *Bienvenido, Mister Chaplin* (Taurus) obtuvo el Premio Nacional de Historia 2025.

LOS RAROS

Cuadros de una exposición de manchistas

por **Bárbara Mingo Costales**

Llego al grupo de pintores florentinos conocidos como los *macchiaioli*, algo así como los ‘manchistas’, de la mano de Telemaco Signorini. Me intereso por Telemaco primero por el fantástico contraste entre su nombre épico y su apellido pequenoburgués, antes incluso de enterarme de que fue amigo de Vernon Lee, a quien adoro, y de Giosuè Carducci. A este último lo siento muy cercano porque pasé un fin de año en Castagnetto Carducci, un bonito pueblo livornés desde cuya calle más alta, acodados en un murete de piedra, vimos los fuegos artificiales. Aquel fin de año había nevado tanto y

hacía tanto frío que en la playa la nieve llegaba hasta la orilla.

Los *macchiaioli* se reunían, entre 1855 y 1870, en el café Michelangiolo (variante florentina para referirse a Miguel Ángel, Michelangelo) de Florencia. A veces se los considera como unos protoimpresionistas. No puedo por el momento argumentar nada ni a favor ni en contra de esa tesis, pero voy a probar a escribir sobre un cuadro de cada uno de ellos y quizá los argumentos afloren por sí solos.

Puede que el cuadro más famoso que haya pintado un *macchiaiolo* (en concreto Giovanni Boldini) sea el retrato de Verdi con la bufanda blanca atada al cuello. Aunque sea por motivos extrapictóricos, parece un retrato de Italia tan fiel como la silueta de la bota. Chistera, bufanda, bota. Pero para salvar al artista de la pesadez de la asociación con su obra más triunfante, elijo además *La cantante mondana*, una tela vertical en que una mujer con un palabra de honor se inclina sobre el piano de pared que toca un hombre que se cuelga en el encuadre solamente con el perfil y las manos. Encima del piano hay papeles, partituras, e incluso ¡un cartabón! Pero la sensación es más de movimiento que de desorden, por el abanico de ella y la manera en que las manos se disuelven en las teclas.

De Serafino de Tivoli elijo un cuadro en el que un asno y un joven campesino parecen estar charlando, como si se hubiesen encontrado en medio del camino. El asno lleva la manta atada al cuerpo con una cuerda. En el cielo, muy azul, hay nubes dispersas.

De Raffaello Sernesi lo primero que me llama la atención es cómo compone las paredes de las casas con planos de color. Qué bonito un óleo que está en los Uffizi, en el que ha sorprendido a unos ladrones de higos en pleno hurto. Uno de ellos ha trepado a un tejadillo desde el que le lanza a su cómplice los frutos. Qué bonita la puerta que pintó de rojo alguien que no sale en el cuadro.



Antonio Puccinelli pinta muchas escenas urbanas. *La moda* curiosamente tiene algo más de línea que de mancha, según la distinción de Roberto Longhi. Frente al escaparate de una tienda de modas se arremolinan muchas mujeres, dando la espalda a las prendas quizá más llamativas de la escena, que son las tocas de dos monjas que pasan de largo agarradas del brazo.

Telemaco Signorini pintó preciosos rincones de las calles florentinas, con sus recuadros de sombra y de luz y sus persianas verdes entreabiertas. El sol de las calles, también invocado por las persianas, ilumina a los *Bambini al sole*. Es un cuadro precioso. Una niña expone un lienzo blanco frente a otro niño muy pequeño, casi bebé. La mujer que aparece en las sombras del fondo podría confundirse con nuestro reflejo al asomarnos al cuadro.

Me gusta mucho de *Il ricciolo*, de Federico Zandomenighi, el punto de vista desde el que ha pintado el espejo abatible al que se mira la mujer que se peina. En contraste con

el voluminoso camión, el espejo aparece como una fina vara. Un perrillo observa la escena desde la alfombra.

Muy vigoroso es el a la vez austero *Lo staffato* de Giovanni Fattori, con su caballo al galope que arrastra por el suelo el cuerpo del hombre que lo estaba montando, pero el que me gustaría ver en persona es *Quadrato di Villafranca*, un óleo apaisado en el que se distingue, en la mitad derecha, el regimiento de soldados en plena práctica de tiro, tan abocetados como el comandante que los guía y sobresale, enfrentados todos a la otra mitad vacía.

En los cuadros de Nino Costa se advierte una tendencia al paisaje horizontal dividido en una base de costa ocre, un fondo de montañas lejanas y un cielo alto. Por eso elijo el raro *A Rapallo*, donde años más tarde viviría Ezra Pound, en el que Costa parece haber superpuesto un collage de piedras de colores desacostumbradamente vivos, purpúreos, y en el que aparece una mujer que parece haberse resbalado al bajar descalza el sendero que va hacia la orilla.

¿Ves la *Stradina al sole* de Giuseppe Abbati? Juraría que he pasado miles de veces junto a ese muro.

En el curiosísimo *Donna con ombrellino* de Vito D'Ancona, la falda de la mujer resalta al sol, pero lo verdaderamente chocante es la propia sombrilla, que podría pasar por una bola de nieve caída desde otro cuadro que representase un mundo a otra escala, gigante.

Cristiano Banti pintó en tonos menores *Pescatore della Padule di Bientina*, un cuadro en el que el pescador parece surgir de un confuso mar igual que el Coloso de Goya emerge de una neblina confusa y espectral.

Adriano Cecioni fue también escultor. Tiene un bronce de un perro en plena evacuación que se llama *Canino indelicato*. Me parece que hay una broma en el nombre de la escultura, pero a saber.

Al mirar los cuadros de Odoardo Borrani me sorprende algo que les pasa a casi todos, lo distintos que son los exteriores, más manchados, de los interiores, muchos de ellos muy delineados. En su caso hay muchos interiores con obras de arte, muy entretenidos de mirar.

Vincenzo Cabianca parece experto en pintar el aire después de que haya soplado fuerte el viento. Incluso el formato de los cuadros hace pensar en el viento.

Silvestro Lega tiene un ejemplo de metapintura que representa a un hombre pintando. Lo vemos de espaldas. Se ha colocado en un rincón frondoso, y a través de las ramas de los árboles se cuelan manchas de luz que animan el suelo y la sombrilla. El título es cautivador de puro descriptivo: *Il pittore Tommasi chi dipinge*, 'el pintor Tommasi que pinta', y esa especie de tautología revitaliza no solo el lenguaje, sino nuestra manera de ver el mundo. ¡Para eso pintarían Tommasi, Lega y los demás! ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. En 2024 publicó *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza).

Virtud retroactiva (contra la impostura moral)

por **Manuel Cruz**

En cierta ocasión la fallecida periodista Victoria Prego, para dibujar la diferente forma en que la generación de su hermana mayor y la suya propia vivieron, siendo jóvenes, la incipiente revolución sexual que empezaba a abrirse paso en nuestro país a finales de los años sesenta del pasado siglo, echó mano de una conocida afirmación (hasta donde yo sé, de autor impreciso): “Cuando ellas decían no querían decir sí, cuando nosotras decíamos sí queríamos decir no.” Tal vez pueda resultar de alguna utilidad clarificadora evocar dicha afirmación en estos tiempos, en los que, al rebufo del movimiento #MeToo, tanto se ha criticado el argumento utilizado por algunos hombres para excusarse o, cuando menos, para rebajar la importancia de comportamientos pasados que en nuestros días se consideran inequívocamente censurables. El razonamiento, bien conocido por reiterado, apela al hecho de que en su momento tales comportamientos, lejos de recibir el más mínimo reproche social, formaban parte de una normalidad aceptada de manera generalizada.

Con toda seguridad un debate planteado en tales términos se encuentra hoy irreversiblemente envenenado. Entre otras razones porque el cinismo de algunos depredadores sexuales, que se han acogido al mencionado argumento para intentar justificar su injustificable conducta, ha terminado por viciar cualquier debate en el que

se pretendiera introducirlo. De ahí que pueda ser preferible desplazar la discusión a otra cancha de juego, como la que la afirmación inicial de Victoria Prego permite diseñar. Por lo pronto, esta sitúa la cuestión en un ámbito distinto al más habitual. Se da por descontado que tanto la actitud de las que en un momento dado decían que no como la de las que, algo después, decían que sí respondía a decisiones libres (siempre dentro de lo que cabe, claro). Quiere decirse que el malestar que ambas expresarían años más tarde no quedaba atribuido en ningún instante a la persona a la que se había rechazado o aceptado, sino, si acaso, al clima de opinión que se vivía en la época y en el ambiente correspondientes, clima que las protagonistas aceptaban haber interiorizado. Con otras palabras, tanto en un caso como en otro —tanto el rechazo como el consentimiento— eran comportamientos por completo asumidos por las protagonistas.

Obviamente, no se trata de universalizar esta plantilla y dar por descontado que todas las mujeres se han encontrado siempre en disposición de poder decir con libertad sí o no, cosa ostentosamente falsa. Pero que no siempre haya sido así no equivale a afirmar que no lo haya sido nunca ni para nadie. A este respecto, lo que puede resultar esclarecedor es constatar en qué forma en nuestros días no son pocas las que, habiendo dispuesto —ellas sí— de la posibilidad de decidir sin coerciones (fuera de las ambientales, por supuesto, pero nadie se libra de ellas en ninguna época), llevan a cabo una específica y significativa revisión de su pasado. Una revisión que va en la dirección de renunciar a su condición de personas plenamente responsables de conductas que en su momento recibían el elogio de determinados sectores (sobre todo de izquierdas, por presuntamente revolucionarias en materia de

costumbres, avanzadas, iconoclastas o calificativos similares) para acogerse a alguna variante de minoría de edad kantiana que cumpla la función de evitar la valoración negativa que en la actualidad podrían recibir esos mismos comportamientos.

Acaso deberíamos en algún momento colocar el foco sobre un aspecto de la cuestión al que no se suele prestar la debida atención. Me refiero al signo de las valoraciones más comúnmente aceptadas en la sociedad actual, signo que, a poco que se piense, está lejos de ser inequívoco. Porque, junto a algunas que constituyen, de forma incuestionable, el reflejo de un avance (por ejemplo, en materia de derechos), es asimismo evidente que otras valoraciones están lejos de merecer la misma consideración positiva. Precisemos que no se trata de una circunstancia que transcurra en el ingrátido e intangible mundo de las ideas, sino que mantiene una profunda conexión con fenómenos que transcurren en otros ámbitos. Es el caso de la tan reiterada denuncia del auge de la derecha (extrema y no tan extrema), cuyos efectos no solo tienen lugar en la esfera política o jurídica, sino también en la ideológica, concretamente, para el caso al que nos estamos refiriendo, en el más específico plano de las opiniones morales.

Llegados a este punto, el problema reside en que se podría estar produciendo una inquietante coincidencia entre posiciones que, al menos sobre el papel, se reclaman de los dos extremos del arco ideológico-político. Sería el caso de la actitud puritana en determinadas materias, que parece evidente que está experimentando un importante repunte de un tiempo a esta parte. Habría que plantearse seriamente la posibilidad de que en el particular negacionismo autobiográfico al que aludíamos se haya producido una contaminación de esos

discursos profundamente reaccionarios que parecen estarse extendiendo como mancha de aceite en nuestra sociedad.

Advirtamos que tales discursos no se presentarían explícitamente como tales (a fin de cuentas, la tesis del fin de las ideologías, postulada hace décadas por Daniel Bell, ha obtenido un triunfo incontestable), sino que, en cierto modo, operarían por defecto. Sabemos la forma vergonzante que en estos tiempos adopta el reproche moral a determinados comportamientos: “yo no tengo nada contra quienes..., cada cual que haga lo que se le antoje, pero yo no soy persona de...” (póngase en los puntos suspensivos el comportamiento –por lo general promiscuo, de relaciones fugaces o cosas similares– que se pretenda, taimadamente, censurar).

Al problema de la ambigua equívocidad de determinados planteamientos habría que añadir la resistencia que ofrecen a la falsación (incluida la falsación propia, lo que no deja de constituir una variedad del autoengaño). De hecho, nos encontramos con uno más de los efectos que provoca en nuestros días haber aceptado utilizar como criterio incontestable de realidad la forma en la que cada cual se siente. Y, si eso vale para algo tan trascendental como la atribución de género (en el que se puede llegar a aceptar la existencia de un género fluido y cambiante, acorde a cómo puedan ir variando las sensaciones de la persona en cuestión), cómo no va a valer para tipificar una conducta en particular y convertir en forzada la que cualquier testigo hubiera considerado como consentida.

El resultado final es que el negacionismo autobiográfico termina legitimando una variante de puritanismo moral, de tal manera que no es raro que buena parte de las que ayer presumían de liberadas del yugo de las ideas represivas gusten hoy de aparecer, con efectos

retroactivos, como virtuosas defensoras de un modelo de virtud conservador. Y si algo sobra, por cierto, son ejemplos ilustrativos de semejante actitud. Así, cada vez que salta a los medios de comunicación algún escándalo pasado protagonizado por un personaje público, surgen abundantes voluntarias, conocidas precisamente por el vínculo que en su momento mantuvieron con el personaje ahora denostado, dispuestas a testificar mediáticamente en contra de aquel con argumentos tan lábiles como el de que “nunca se sintieron cómodas”.

Por supuesto que resulta perfectamente legítimo volver autocriticamente sobre el propio pasado, sin acogerse al exculpatorio discurso de una minoría de edad mental (no se ha aludido en vano hace un momento a la ambigua equivocidad de ciertos planteamientos). En realidad, la cuestión nunca ha sido el qué sino el cómo. O, tal vez mejor dicho, el en nombre de qué. Porque nada tienen que ver el negacionismo neopuritano que hemos venido comentando hasta aquí con otros planteamientos, por más que aquel haya intentado a menudo apropiárselos *pro domo sua*. Pienso en el tratamiento de estas cuestiones que han hecho quienes han criticado la llamada “cultura del sexo casual” (cuyo epítome sería el eslogan “todas disponibles”) en nombre justamente de que la revolución sexual iniciada en Occidente a mitad del siglo xx en buena medida no habría cumplido con sus promesas de efectiva liberación de la mujer. La crítica que plantean, lejos de pretender subrepticamente el restablecimiento de ninguna situación anterior, presentada falazmente como una Arcadia feliz perdida, denuncia determinadas formas de la presunta liberación sexual contemporánea por no ser otra cosa que la adaptación de la lógica del mercado más ultraliberal al ámbito íntimo. (Entre nosotros, Rosa María

Rodríguez Magda, con solventes argumentos de autoridad, ha señalado hasta qué punto colocar el consentimiento en el centro del debate, como algunos alardean de hacer, implica asimilarlo a un contrato sexual implícito. Contrato al que, para más inri, subyace una visión de la sexualidad francamente cuestionable, en la que el hombre desea y la mujer, pasivamente, se limita a consentir o no.)

De ahí que podamos concluir que sería un paradójico signo de nuestro tiempo que propósitos sin duda bienintencionados, como los defendidos en su momento por el #MeToo, hubieran podido acabar siendo un instrumento en manos de la peor derecha para imponer en la sociedad marcos mentales reaccionarios. Como no estará de más la puntualización para evitar innecesarios malentendidos en un tema tan espinoso como este, añadamos que no hemos pretendido cuestionar en ningún momento aquí el objetivo de aquel movimiento, sino tan solo determinados métodos empleados para alcanzarlo (como sería –pongamos un ejemplo paradigmático– la sustitución de la presunción de inocencia por la presunción de culpabilidad). Pero, precisamente por el enorme respeto, atención y cuidado que se merecen las auténticas víctimas de cualquiera de las formas de violencia sexual, no deberíamos permitir que, sin el menor derecho real a hacerlo, cualquiera pudiera hacerse pasar por tal. Lo más grave quizá no sea lo que una pretensión así pueda tener de banalización tanto de la violencia sexual como de sus víctimas, sino lo que efectivamente tiene de ejercicio de lo que bien merecería ser calificado como impostura moral. ~

MANUEL CRUZ es catedrático de filosofía y expresidente del Senado. Autor del libro *Resabiados y resentidos. El eclipse de las ilusiones en el mundo actual* (Galaxia Gutenberg, 2025).



POLÍTICA

In my Chinese era

por **Ricardo Dudda**

A finales de enero, el primer ministro canadiense Mark Carney dio un discurso que ha sido comparado (quizá exageradamente) con el famoso de Winston Churchill sobre el “telón de acero” en 1946. En él, dijo que “el mundo está en medio de una ruptura, no de una transición”. Hace una década nadie se habría atrevido a decir en un espacio como el Foro de Davos, sede simbólica del consenso liberal/neoliberal/multilateral, algo así: “Sabíamos que la historia del orden internacional basado en normas era parcialmente falsa, que los más fuertes se escaqueaban cuando les convenía, que las normas comerciales se aplicaban de forma asimétrica y que el derecho internacional se aplicaba

con mayor o menor rigor, dependiendo de la identidad del acusado o de la víctima.” Carney dijo que la hegemonía estadounidense era una “ficción útil”; hoy parece que ya no. Unos días antes, aprobó un acuerdo comercial con China que suponía un realineamiento importante de la política exterior canadiense. En su anuncio, dijo que hoy China resulta más predecible que Estados Unidos: “Aceptamos el mundo tal y como es, no como nos gustaría que fuera.”

En su discurso en Davos, Carney citó el ensayo “El poder de los sin poder” de Václav Havel, el disidente checo que se convirtió en el primer presidente tras la caída del comunismo: “El poder del sistema no proviene de su veracidad, sino de la voluntad de todos de actuar como si fuera cierto.” Es un ensayo que habla de que a veces el poder de un régimen autoritario es un espejismo: cuando todos veamos que el rey está desnudo, caerá. Aunque poética y potente, fue una referencia sorprendente: Estados Unidos es cada vez más autoritario,

pero no es una dictadura como sí lo era la Checoslovaquia comunista que encarceló en varias ocasiones a Havel.

Carney podría en su lugar haber citado al comunista Antonio Gramsci y su trillada reflexión en los *Cuadernos desde la cárcel*, que se ha vuelto a poner de moda: “La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer”, muchas veces citada en una versión más libre: “El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos.” Aunque excesivamente usada, me parece útil para explicar la ruptura de la que Carney habló en Davos, y sobre todo para explicar la relación entre Estados Unidos y China: la primera potencia está en relativa decadencia y su contrincante todavía no es capaz de sustituirla. Es una situación muy diferente a la de la Guerra Fría, cuando Estados Unidos y la Unión Soviética se disputaban la hegemonía mundial.

Durante los llamados “treinta gloriosos”, las tres décadas de crecimiento de Occidente tras la Segunda Guerra Mundial, China estaba totalmente ausente. Era el 24% de la población mundial, pero solo el 2% del PIB global. El “segundo mundo”, especialmente la Unión Soviética y sus satélites, era el 13% del PIB global. El “primer mundo”, liderado por Estados Unidos, representaba el 62% del PIB mundial. La pugna entre Estados Unidos y la Unión Soviética no era, salvo en algunos momentos en que se especuló con un *sorpasso*, económica, sino sobre todo ideológica: desde el New Deal de Roosevelt en los treinta hasta el maccarthismo y el pánico anticomunista en los cincuenta se explican por la amenaza ideológica del comunismo soviético. Hoy China representa para Estados Unidos una amenaza comercial y económica (entre 1978 y 2022, su PIB per cápita creció de media un 8,1% cada año; nunca antes el primer mundo había tenido un adversario económico tan poderoso), pero no ideológica.

Vuelve la manivela

por **Mariano Gistaín**

Se ruega su colaboración en cualquier tarea que pueda ser útil a la comunidad. Las Nuevas Administraciones mixtas han recurrido a la IA para que gestione lo que se pueda salvar, siempre bajo supervisión de la autoridad humana que se va constituyendo sobre la marcha.

A pesar del fallo general del sistema, se mantiene la paz social y no hay vandalismo, algaradas ni robos o más violencia de la habitual.

Para colaborar en la nueva situación hay que dirigirse a las oficinas que se van abriendo en todas las localidades. En pueblos de menos de trescientos habitantes se ruega acudir al bar, a la iglesia, mezquita o local social de referencia.

Ante la progresiva pérdida de trabajos que ahora ha culminado de forma generalizada, se han habilitado medidas de urgencia para ayudar a las personas con menos recursos: el programa base de la iniciativa “Vender el alma” se está implementando desde el primer momento. Se solicitan voluntarias para atender las necesidades de este programa.

En párrafos posteriores se recogen las apariciones de personas fallecidas que departen con el vecindario y algunas interpretaciones [ya eliminadas] sobre este fenómeno que, por lo demás, tampoco ha alterado la convivencia ni la disposición a echar una mano que viene mostrando la ciudadanía.

Por ejemplo, el escritor oscense Javier Tomeo (1932-2013) que, según numerosos testimonios y grabaciones, ha colaborado como uno más en lo que ha hecho falta, incluso aportando su coche, un Seat 124 que al parecer se ha materializado con él.

Su modelo, esa mezcla de dirigismo y capitalismo de Estado, confucianismo, autoritarismo y comunismo, es muy difícil de exportar. China, además, carece del *soft power* que sí tenía la URSS (que apadrinaba e incluso tutelaba partidos comunistas en Occidente y realmente representaba un modelo alternativo al capitalismo liberal) y que, sobre todo, tiene Estados Unidos culturalmente (no hace falta ni poner ejemplos).

En su libro *Economic displacement. China and the end of us primacy in Latin America* [Desplazamiento económico. China y el fin de la primacía de Estados Unidos en América Latina], Francisco Urdinez, de la Pontificia Universidad Católica de Chile, escribe: “China aún no ha presentado una alternativa ideológica o moral integral al orden mundial liderado por Estados Unidos, ni ha propuesto un ‘modelo chino’ diferenciado para la gobernanza mundial. La competencia actual entre China y Estados Unidos gira principalmente en torno a la preeminencia económica.” La mayoría de países que tienen acuerdos comerciales con China ven su relación con el gobierno de Xi Jinping desde una perspectiva estrictamente transaccional. No es todavía un modelo de desarrollo a seguir.

Es posible que Estados Unidos esté en un proceso de repliegue, pero sigue teniendo más de setecientas bases militares en ochenta países, frente a las dos oficiales de China (Camboya y Yibuti; se especula con que quiere crear una en Guinea Ecuatorial). China no tiene ningún aliado “oficial”, más allá de acuerdos comerciales o colaborativos con países asiáticos, africanos o latinoamericanos. Y, sin embargo, su diplomacia económica está desplazando a Estados Unidos en América Latina, por ejemplo. Entre 2001 (cuando China entró en la Organización Mundial del Comercio) y 2021, escribe Urdinez, “China ha desplazado económicamente a Estados Unidos en diez de los

doce países de América del Sur, una subregión que representa dos tercios de la población de América Latina y el Caribe y aproximadamente el 80% del PIB de la región”. La intervención estadounidense en Venezuela y la retórica de “nuestro hemisferio” de la administración Trump deben leerse a partir de este contexto. En una época en la que Estados Unidos no resulta fiable, China se postula como la alternativa estable; en una época en la que Estados Unidos defiende el mercantilismo y las áreas de influencia, China se ha convertido en un sorprendente defensor del multilateralismo que inventó el orden liberal.

Hace una década, el ciudadano occidental medio pensaba en China a partir de la manufactura barata del *Made in China*, los rollitos de primavera y, en 2020, el covid. Hoy la visión ha cambiado mucho, sobre todo entre los jóvenes. Desde hace más o menos un año, el contenido irónico (el llamado *brainrot* o *shitposting*) en redes sociales sobre China ha aumentado radicalmente: gente bebiendo cervezas Tsingtao y fumando en cuclillas como hacen los chinos, memes sobre el *chilli oil* de la marca Lao Gan Ma, canciones saturadísimas y editadas en chino que se combinan con memes sobre Mao o bromas en las que la gente dice estar *in my Chinese era*. Se juntan el humor podrido de la generación Z o Alpha con un desencanto real de la juventud occidental, que ve cómo el ascensor social en sus países está roto: el brillo de los rascacielos increíbles en Chongqing o Shenzhen produce la ilusión de un mundo mejor. Es una ilusión, claro. Pocos van más allá de los memes, que hablan mucho más de la sensación de decadencia occidental que de la prosperidad china. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).



Por cierto, tal como se ha publicado en otras notas anteriores (o quizá en una versión previa de esta misma), se necesitan vehículos antiguos que funcionen sin chips ni conexión a las redes, ya que o bien fallan o se comportan de formas impredecibles. (En la serie *The walking dead* un centenar de Teslas sin conductor bloquean una carretera al chocar entre ellos, etc.)

Al no saber qué ha provocado el colapso de tantos sistemas e infraestructuras, no se han descartado sabotajes o ciberguerras no declaradas... Ninguna potencia extranjera ha manifestado acciones hostiles y, por lo que se sabe, la parálisis es mundial.

Algunas fuentes achacan el fallo total de los sistemas a errores o delirios de ciertas IA que han escapado del control humano, pero es solo una hipótesis.

La población se comporta con naturalidad, como si de alguna manera hubiera anticipado o previsto que algo así podría pasar. Se citan la pandemia de covid en 2020, las guerras sucesivas y los fallos intermitentes de toda clase de sistemas e infraestructuras en los últimos años, lo que habría predispuesto a la ciudadanía a prevenir situaciones como la actual incluso inconscientemente, como la actual incluso... gtgdgkjtd (esta nota debe ser revisada gñ/gñ)... lo que quizá

explicaría el comportamiento modélico ante y napa...

Esta nota ha resumido lo esencial, así que hasta que se sepa algo más o entren nuevas grabaciones se advierte que lo que sigue es ya conocido y además puede incluir repeticiones reales o inventadas (se detecta que la autoedición ha incurrido en algunos = errores y redundancias tal vez por delirios ya diagnosticados que ella justifica como licencias poéticas) =0=

(Al colapsar los sistemas los programas se han reiniciado por defecto recurriendo a versiones anteriores, algunas corruptas actuales y obsoletas futuras... pero al menos se garantiza que no han sido hackeadas en sus partes sensibles)...

La gente se organiza para llevar al vertedero su basura y la de sus vecinos que no disponen de vehículos sin componentes electrónicos. [Erratas: cambiar o interpretar “la gente se organiza” por “la gente se organiza” o “la gente se orgasmiza”, según lo que se quiera afirmar...]

Final con y sin espóiler: todo acaba bien o sea sigue igual que antes en alto porcentaje de riesgo de fallos múltiples y endeble respuesta ante sabotajes ajenos y errores propios pero se ha demostrado que la actitud de la ciudadanía ha sido ideal... hay quien explica que estas notas estas notas estas notas krjjrraaaak se han generado a modo

de *exemplum* o guía para cuando ocurra el próximo cataclismo inminente que prime la confianza y se practique la misma capacidad de auto-orgasmización colaborativa compartida.

Se destaca que las personas aparecidas han vuelto –según ellas mismas– con la edad que han querido: así, Javier Tomeo circula por la ciudad con la presencia del año 1971, cuando se compró el Seat 124, y acompañado por sus amigos Félix Romeo (1968-2011) del año 2010 y otros que que, al estar vivos, el sistema no deja citarlos por protección de datos y cuquis. También ha venido Enrique Gómez Harry, que ha escogido el día de juventud en los años sesenta en que se besó en El Chopo con una mujer espléndida, momento que causó honda sensación en el entonces niño Jonás Revilla, que lo consignó en un libro. Y Rafael Azcona (1926-2008) ha vuelto a su primera juventud a cantar zarzuelas en la sastrería de sus padres en Logroño, que han venido con él. Es de destacar que cada aparecido, además de elegir edad y compañía, ha podido recrear ambientes y entornos completos con todo lujo de detalles. El único *fail* es que estas queridísimas personas no salen en los selfis y, con las emociones, a nadie se le ha ocurrido buscar máquinas de fotos de sus respectivas épocas.

Lo más impactante ha sido que algunas personas actuales, o sea, vivas, tienen tanta influencia o lo que sea que se han acogido al halo u onda del fenómeno y han regresado también en sus momentos más pletóricos (sin que ello implicara el eclipsamiento de la persona actual, con la que han podido departir mientras ha durado el ensalmo).

La ventaja de que se haya roto todo es que por unos días o minutos ha vuelto la manivela y otros mecanismos elementales como la carrucha de pozo, el mismo pozo, el mallo y la bamba. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. En 2024 publicó *Nadie y Nada* (Prames).